

Mujeres insurgentes

Guzmán Pérez, Moisés, Córdova Plaza, Rosío [et. al.] México: Senado de la República: Siglo XXI, 2010. 277 p.

Maricela Garza Martínez

Si la historia la escriben los vencedores no hay mejor ejemplo que el de las mujeres mexicanas en la Independencia. Una muestra de ellos son los cinco ensayos reunidos en este libro sobre quienes tuvieron participación en la guerra de 1810 pero que son prácticamente desconocidas para la historia, la cual ha eludido su presencia y acción.

Mujeres Insurgentes reúne los textos premiados por el Senado de la República en la Convocatoria de Ensayo en torno a la Independencia y el papel fundamental de la mujer en esta gesta histórica.

Incluye los dos ensayos ganadores: "Mujeres de amor y guerra. Roles femeninos en la Independencia de

México" de Moisés Guzmán Pérez y "Por no haber una muger que no sea una verdadera insurgente" de Rosío Córdova Plaza –de los cuales se presenta aquí un pequeño esbozo–.

Además, aquellos que lograron menciones especiales: "Antonina Guevara. Encrucijada y destino de una mujer en la insurgencia de la América mexicana" de Eduardo Miranda Arrieta, "Entre la persecución y la muerte. Las mujeres insurgentes" de Jaime Olveda Lagaspi y "Pocos nombres conocidos, muchos ignorados. La participación de la mujer en el movimiento de Independencia" de María Elena Valadez Aguilar.

En el primero de los dos ensayo premiados, Moisés Guzmán, profesor de la Universidad Michoacana de San Nicolás Hidalgo, nos remite a los diferentes espacios de sociabilidad en los que participaba la mujer insurgente en aquella época así como a las prácticas culturales que se desarrollaban al interior de las reuniones y tertulias, mostrando aquí el activismo político que desempeñaron.

En la segunda parte el autor presenta la diversidad de roles jugados por las mujeres durante la guerra de Independencia. Aquí se podrá conocer sobre las damas de la capital y de otras ciudades importantes de la época que conspiraron a favor de la Independencia, así como de las "compañeras de armas" de los soldados insurgentes quienes los acompañaban en el campo de combate y de aquellas mujeres vestidas de hombre con mando de tropa intervinieron en distintas batallas.

Se incluye también a mujeres poco valoradas por su estatus de "mujeres fáciles" haciendo referencia a las prostitutas, amantes y seductoras

que lograron que un buen número de soldados realistas se pasaran al lado de la insurgencia.

También se expone el caso de las mujeres que sin ser propiamente insurgentes experimentaron los males de la guerra, haciendo referencia a aquellas que debido a circunstancias diversas, fueron perseguidas por las autoridades españolas creyéndolas partidarias de los rebeldes. Por último: el autor da cuenta lo que pasó con las mujeres mexicanas después de la guerra, es decir, la nula reivindicación que alcanzaron.

En "Por no haber una muger que no sea una verdadera insurgente. Hacia una historia de la participación femenina en la guerra de Independencia" la investigadora de la Universidad Veracruzana, Rosío Córdova Plaza, aborda en un primer momento cuáles fueron los efectos que tuvo la Independencia en las mujeres, por ejemplo, con la abolición de la esclavitud y del sistema de castas.

Posteriormente estudia cuáles fueron las mujeres que participan en la Independencia respetando su papel de género, considerando a las cuidadoras, enfermeras y a las "seductoras" de la tropa, definidas éstas como mujeres que cambiaban la mentalidad de las tropas realistas.

La figura que nos presentan diversos documentos, comenta la autora, "es esta mujer activa únicamente en un plano muy femenino, aunque de las mujeres que se sabe participaron en la insurgencia son en su mayoría aquellas a las que se les siguió causa penal por diversas agravantes", refiriéndose a las que transgredían su papel de la época y comandaban insurgentes y rebeliones, además se consideran en el ensayo a las mujeres dentro de

las fuerzas realistas que efectuaban acciones del mismo tipo.

El título del ensayo, comenta la autora, hace referencia a una grafía de la época, orden de un comandante en Sultepec, Estado de México, quien arguye tener mucho cuidado con las mujeres porque todas son insurgentes en potencia.

Llama la atención que de los autores de los cinco ensayos que componen el libro, tres sean hombres, lo que nos evita caer en clichés de “la historia contada por hombres” como motivo para dejar fuera de ella a las mujeres y comenzar a pensar que realmente ha surgido una nueva forma de ver y hacer historia, una historia más incluyente que ponga en su justo sitio a cada uno de sus protagonistas o en dado caso pueda justificar sus ausencias de la historia.

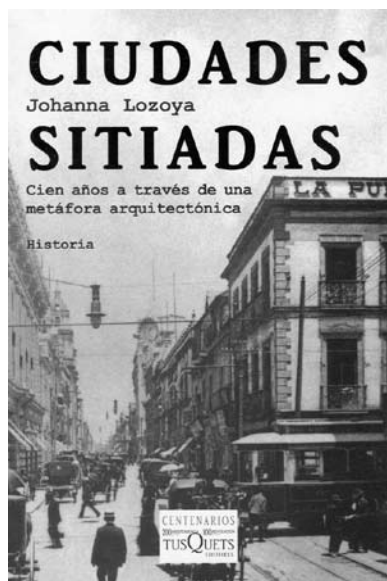
Sólo se lamenta la escasa difusión que ha tenido el libro a pesar de ser una coedición entre el Senado de la República y la editorial Siglo XXI, éste no ha sido comercializado ni difundido por vías ordinales y tradicionales para un libro con esta temática, el cual sin duda sería bien acogido por historiadores y público en general. Sólo resta esperar que próximamente esté disponible en la Biblioteca Digital que recientemente abrió el Senado de la República a través de la Comisión del Bicentenario de la Independencia y Centenario de la Revolución.

Ciudades Sitiadas

Lozoya, Johanna, Tusquets, 2010. pp.

Oswaldo García Martínez

Partiendo desde una propuesta novedosa e inquietante la autora de *Ciudades Sitiadas* delinea e intenta demostrar que hemos inventado y desarrollado desde el punto de vista de la irrealidad una mirada cultural de víctimas. Víctimas de nuestro pasado y presente histórico que terminamos por identificarnos



con dicha premisa para ir definiéndola y construyéndola culturalmente.

Al mirar detenidamente nuestras ciudades, edificios, monumentos, parques, plazas, así como la arquitectura latinoamericana de inicios del siglo XX, de golpe nos damos cuenta, a través del brillante análisis historiográfico y arquitectónico de la autora, que seguimos viéndonos como derrotados e inferiores.

Identidades latinoamericanas “formadas en la idea de que el pasado indígena fue inmejorable y de que la Conquista supuso una terrible violación perpetrada por los españoles, las naciones hispanoamericanas suelen solazarse en su ya acartonado papel de víctimas”.

Desde la arquitectura hasta nuestras historiografías nacionales, obras artísticas y demás producciones hispanohablantes americanas enfrentan el mismo problema de autoestima. “Imaginativo y penetrante, este libro nos invita a contemplar tanto los edificios erigidos sobre nuestro suelo como las ideas ocultas en sus sótanos.”

Como gran metáfora de lo acaecido desde épocas pasadas hasta hoy en día, el análisis de la arquitectura de nuestros países americanos busca referirse desde la mirada de

la sociedad, su gente, sus espacios y vida cotidiana para desentrañar el pensamiento sitiado por el fracaso, por la derrota, por la necesidad de ser víctimas ante los demás.

A lo largo de la lectura se demuestra que no hay una construcción (arquitectónica) y reconstrucción (historiográfica) en donde se demuestre una identidad “construida” o “inventada” desde el imaginario colectivo. Muy al contrario: se ha construido una identidad donde constantemente se habla del “somos” y “hemos sido” pero nunca se habla del “nos hemos inventado” pues dicha construcción colectiva nos sirve como arma, tanto al individuo como a la comunidad, para sobrevivir.

Como comenta la autora al referirse a la arquitectura en México: “El ser mexicano no está ahí, el ser producto de una serie de fracasos no está ahí, es una selección de posibilidades que construyen una identidad”.

Los acontecimientos históricos que demuestran cómo se ha desarrollado la construcción de víctimas, cómo la visión que se hace a partir del impacto cultural de la conquista o mediante los argumentos culturales y de la teoría de la dependencia esgrimida y a su vez analizada y criticada severamente por la autora como la propuesta de Eduardo Galeano en su obra tan leída y difundida de *Las venas abiertas de América Latina*, terminan por dar sentido coherente a la obra ya que logra demostrar el autovictimización recurrente del latinoamericano, quien explica su presente desde un pasado contradictorio, crítico y problemático.

Obra que busca llamar a la reflexión y autorreflexión colectiva para que también asumamos nuestras responsabilidades históricas. No todo proviene del poder ni de los males discursivos o abstractos que asedian a Latinoamérica: hay también cierta responsabilidad desde la cultura y sociedad del latinoamericano en su propio devenir histórico porque hubo acontecimientos como fue una

conquista pero eso no necesariamente implicaba desarrollar, crear e interiorizar una actitud victimista y en eso hay un papel fundamental de la colectividad.

Al preguntarse cómo el fracaso, la derrota y la conquista como impactos históricos que pueden suceder en cualquier lugar del mundo, como en la Alemania de la primera mitad del siglo XX, generaron en nuestro contexto cultural una mirada de víctima, invariablemente también nos lleva a preguntarnos si estamos desarrollando y buscando reinterpretar nuestra historia realmente o muy al contrario volvemos a reproducir los esquemas establecidos de derrotados y victimarios. Las respuestas se intentan esclarecer a lo largo del libro por la autora quien está convencida de que lo que nos hace vernos y construirnos a nosotros mismos como víctimas se dio mediante la constitución de las historias nacionales.

Siempre ha habido una historiografía que ha seleccionado un tipo de historia que argumenta ese tipo de identidad. Por ello, el punto fundamental para una reconstrucción identitaria original “está en la historiografía: hacer una revisión de la historia y reconstruirla”.

Ciudades Sitiadas desarrolla, analiza y apuesta por esa revisión histórica a través de la arquitectura “pero más como un mundo de pensamiento: el universo mental del que la construye y del que la habita.”

En el caso mexicano, la construcción colectiva de víctima frente a la modernidad europea u occidental se origina desde la tercera década del siglo XX para afianzarse a lo largo del mismo demostrándose que para la arquitectura de principios de siglo XX la modernidad era intrínseca a la cultura mexicana y formaba parte del concierto europeo.

A finales de los años treinta junto con el cardenismo se pierde eso, se hace una brecha en la que México deja de ser parte del concierto y se

vuelve el otro, la modernidad se vuelve extravagancia.

Entre las innumerables celebraciones del bicentenario de la Independencia, el centenario de la Revolución y los cien años de las celebraciones de los centenarios de las independencias en América Latina, el interés fundamental de la obra es reflexionar en la invención intelectual durante el siglo XX de una Latinoamérica que, identificándose como víctima, se ha imaginado constantemente sitiada por las conquistas, el extranjero, el colonialismo, los imperios, las potencias mundiales, la pobreza, la ignorancia, la violencia y el poder. Una Latinoamérica sitiada por su conservadurismo y sus identidades, nacionalismos, por su dependencia cultural y por su gran incapacidad de asumirse como moderna; en donde la modernidad y el desarrollo se imaginan una extravagancia.

Ciudades Sitiadas se crea y construye en términos históricos sobre este fenómeno cultural e intelectual que se presenta en la región con mucha constancia y lo hace a partir del mundo mental de los arquitectos latinoamericanos.

La reacción mexicana y su exilio durante la revolución de 1910

Ramírez Rancaño, Mario, Instituto de Investigaciones Sociales-Instituto de Investigaciones Históricas-UNAM-Miguel Ángel Porrúa, México, D. F., febrero de 2002. pp. 463.

Edmundo Derbez García

Sin el reconocimiento del gobierno de los Estados Unidos, con el embargo en la venta de armas de éste, bloqueado su acceso principal de pertrechos de guerra con la invasión de los marines norteamericanos al puerto de Veracruz y con los carrancistas avanzando velozmente a la Ciudad de México por el noreste y los zapatistas a sus espaldas, Victoriano Huerta renunció



en julio de 1914 a la usurpada presidencia de México.

Cuando asumió el cargo en febrero de 1913 a raíz de los convenios de la Ciudadela, producto de la asonada reyistas y felicistas contra Francisco I. Madero, existía en el país, especialmente en los estratos altos, la esperanza de regresar al país a la tranquilidad y al orden.

Con la fuerza política que le daba el reconocimiento de los gobiernos de la mayoría de los estados, con la administración en sus manos y el apoyo del Ejército en alianza con el poderoso grupo de terratenientes, hacendados y empresariado, Huerta parecía encaminado a reestablecer con algunos matices diferentes el antiguo orden.

Pero se lo impidieron sus ambiciones de poder, el crimen de Madero y Pino Suárez, su inclinación a favorecer los intereses ingleses y su incapacidad para contener la revolución gestada desde que el Apóstol contuvo las reformas agrarias y sociales que las masas campesinas y obreras demandaban, lucha que Venustiano Carranza volcó contra el huertismo.

Cuando éste huyó de la Ciudad de México, muchas familias, altos jefes del Ejército federal, la cúpula de la Iglesia católica, diputados, senadores

y fervientes simpatizantes de su causa iniciaron su peregrinar hacia Cuba, Sudamérica, Estados Unidos y Europa.

Se gestó así un exilio durante la Revolución mexicana que poco había sido estudiado a no ser por obras testimoniales de allegados a ese efímero poder que lo sufrieron como las de Federico Gamboa, Jorge Vera Estañol, Nemesio García Naranjo y Rodolfo Reyes.

En su libro Mario Ramírez Rancaño profundiza de manera minuciosa en el tema para desentrañar la verdadera magnitud del fenómeno, los nombres de los desterrados, su papel político en el gobierno usurpador, su suerte en el extranjero y, en el caso de haberlo, su retorno al país y visión personal de los sucesos.

Para esta labor recurrió a los libros, biografías y memorias de los exiliados, así como a los archivos de la Secretaría de Relaciones Exteriores y Condumex. Tras la depuración de una lista de medio millar de expatriados, Ramírez conservó trescientos que pudo identificar en cuanto a sus actividades desempeñadas en esos años.

Ello permite, como indica, mostrar “la otra cara de la Revolución mexicana”. En primer lugar, porque México perdió a hombres de gran prestigio profesional entre los que había escritores, músicos, historiadores, periodistas, abogados, médicos y militares.

Se cuentan los músicos Julián Carrillo y Manuel M. Ponce, el torero Rodolfo Gaona, intelectuales como Federico Gamboa, Gerardo Murillo, Martín Luis Guzmán, Amado Nervo, Octavio Paz padre, Luis G. Urbina, Salvador Díaz Mirón, Miguel Othón y muchos otros.

No sólo escaparon de la “venganza carrancista” miembros del destrozado Ejército federal sino villistas, magonistas, científicos, porfiristas, reyistas, felicistas, convencionistas, industriales y comerciantes –regiomontanos que no incluyó en la lista–, prelados, clérigos, religiosas, monjas y sacer-

dotes extranjeros. Por ejemplo: los arzobispos de Guadalajara, Michoacán, Yucatán, el obispo de Linares Francisco Plancarte y Navarrete y muchos otros que simplemente no simpatizaban con este líder o con su movimiento revolucionario como el caso del general Antonio I. Villarreal distanciado del carrancismo.

Destaca la manera cómo todos estos personajes fueron englobados por igual en la categoría de “reacción mexicana” e incriminados como traidores, explotadores, entreguistas y retrógrados que sostuvieron un sistema político y económico que obstaculizó la modernización del país.

Revelador resulta el impacto que como intelectuales tuvieron en los lugares donde se exiliaron, la actividad al fundar periódicos y revistas, el seguimiento que de ellos hizo el espionaje carrancista y su participación en complots y contrarrevoluciones para derribar al gobierno, entre ellos está la poco conocida rebelión desarrollada en Nuevo León en 1918 por Ignacio Morelos Zaragoza, la de Felipe Ángeles en Chihuahua, la de Aureliano Blanquet en Veracruz y la del mismo Huerta fraguada en San Antonio, Texas.

Entre los exiliados estaban quienes formaron parte de su gabinete que, cabe resaltar, entre ellos hubo numerosos nuevoleonenses o ligados al estado, por mencionar: Nemesio García Naranjo en Instrucción Pública y Bellas Artes, Rodolfo Reyes en Justicia, Enrique Gorostieta, consuegro de Francisco G. Sada (familiar de las familias Calderón Muguerza y Garza Muguerza), en Justicia y posteriormente en Hacienda y Salomé Botello en Comercio e Industria.

Otros intelectuales que formaron parte de la administración huertista: en el campo de las artes plásticas el pintor Alfredo Ramos Martínez y en educación el eminente educador Miguel F. Martínez. Mientras el primero salió al exilio, el segundo regresó a Monterrey. Se menciona este ejemplo para ilustrar una circunstancia que

toca el autor, aunque no con estos hombres al afirmar que mientras a unos se les satanizó e incluso fueron llevados al paredón, a otros no se les molestó.

Pero los directamente implicados en la muerte de Madero a quien Carranza juró nunca perdonar escaparon de sus manos. El autor refiere quiénes son los autores intelectuales y materiales encabezados por Félix Díaz, Manuel Mondragón, Victoriano Huerta, Aureliano Blanquet y Rodolfo Reyes, además de familiares de don Porfirio, su yerno Ignacio de la Torre y Mier y la familia Fernández Castellet, emparentados con Carmelita Rubio, Cecilio Ocón y Alberto Murphy.

En el libro ofrece el entramado de la actuación de cada uno de estos o al menos los indicios que le permiten sospechar en su responsabilidad en el asesinato del presidente y en la consumación del sangriento cuartelazo y luego como en su exilio no volvió a conjuntarse este grupo original.

La reacción mexicana y su exilio durante la revolución de 1910 es un libro muy bien documentado, más interesante aún que ofrece una visión poco explorada de las profundas y complejas implicaciones que el estallido insurgente tuvo en la vida de muchas personas en México desde altos jerarcas políticos, militares y religiosos hasta civiles sin un verdadero peso político.

Se llamaba Elena Arizmendi

Cano, Gabriela, Tusquets, 2010, Colección Centenario

Doreli Nava Gavilanez

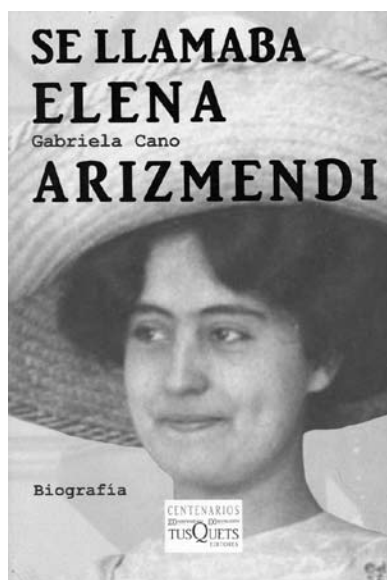
Cuando se intenta desarrollar una biografía seria y con gran sentido humano e histórico invariablemente se retrata de manera más pormenorizada la época vivida por el personaje a estudio que su propio devenir mundano. Eso ocurre con la novela *Se llamaba Elena Arizmendi*. Aunque no se diluye

mucho menos la vida de Elena, la cual sin lugar a dudas Gabriela Cano supo delinear con rigor histórico y evidente empatía, además de auxiliarse del acercamiento histórico trazado por José Vasconcelos, amante de la pionera feminista.

Desde el título del libro la autora intenta con mucho éxito llamar nuestra atención ya que hace obvia alusión al libro de José Joaquín Blanco: *Se llamaba Vasconcelos*. Intentando con ello cierta justicia histórica al buscar establecer distancia entre la “Adriana” de Vasconcelos descrita en sus libros *Ulises criollo*, *La tormenta*, *El desastre* y *El proconsulado* y la recuperación biográfica realizada por la autora de *Se llamaba...* intentando con ello demostrar que la historia de Elena iba mucho más allá del tormentoso romance descrito en las obras vasconcelistas.

En ellas Vasconcelos nos muestra la imagen de una mujer “bailarina, bohemia y escandalosamente bella” mutándose posteriormente en el “monstruo mitad pulpo, mitad serpiente” que se “enroscó” en su corazón y Gabriela Cano, sin dejar de aprovechar de manera acertada el tratamiento vasconceliano de Elena en sus escritos, retrata a una mujer que en ocasiones por azares del destino y muchas otras ocasiones por decisión y convicción propias transgredió y trascendió los límites que se le concedían a la mujer al comenzar el siglo XX. La Revolución es la coyuntura que le permite al personaje en estudio llevar a cabo su primera labor filantrópica con la creación de la Cruz Blanca Neutral. Su relación con el presidente Francisco I. Madero y con su esposa Sara Pérez la llevó a conocer y engendrar una relación tortuosa por más de cuatro años con José Vasconcelos, lo que terminó por transformar irremediamente su vida.

Su lado feminista surgió cuando decidió dejar el papel de amante para desarrollar su gusto por la escritura y el periodismo, lo que la llevó a fundar



la Liga de Mujeres de la Raza y la revista *Feminismo Internacional*, además de publicar su única novela: *Vida incompleta / Ligeros apuntes sobre mujeres de la vida real*.

Vida incompleta... se convirtió en una de las pocas fuentes con las que contó Gabriela Cano para su investigación. Aunque esta limitante de documentos de primera mano no impidió que la autora, con gran intuición y conocimiento de la época, pudiera contextualizar magistralmente las últimas décadas del siglo XIX y primeras del siglo XX, además de enriquecer el entorno con las inferencias y recursos creativos de la autora.

De esta manera logramos entender la influencia que llegó a tener en el carácter de la aún niña Elena su abuelo Ignacio Mejía, famoso liberal cercano a Juárez, o sobre el fortalecimiento de su carácter y don de mando debido a la prematura pérdida de su madre.

La obra logra explicar algunos aspectos significativos en la vida de Elena aunque muchos otros quedan sin explicarse del todo, como el hecho de ser víctima o no del maltrato físico por parte de su primer esposo, la pérdida de su embarazo, el poder casarse por segundas nupcias cuando la ley de divorcio de entonces vigente conservaba el vínculo matrimonial,

además de no saber qué pasó con ese segundo esposo.

Durante el movimiento maderista, Elena se convirtió en figura pública gracias a su labor filantrópica, lo que la llevó a colocarse en la vida social y cultural de la Ciudad de México, además de conocer “a su a fin y enamorado”, como comenta la autora Gabriela Cano, José Vasconcelos, formando una verdadera pareja “moderna”, “en la cual los intereses compartidos y la satisfacción intelectual y sexual mutua constituían el fundamento de la relación”.

Desde la perspectiva del estudio de género que desarrolla la autora, lo que resulta trascendental son las características culturales que la sociedad de la época asignaba a las mujeres y cómo éstas las asumían, lo que para el caso concreto de la historia de Elena se traducirían en enormes contradicciones entre el “deber ser” de una mujer educada bajo los cánones del ideal femenino del porfiriato y la vida que llevaba.

Fue empujada a un matrimonio a los quince años de edad debido a los estrechos márgenes morales y sociales de la época, sin dejar de mencionar su extraño y misterioso segundo matrimonio, además de una relación tormentosa con Vasconcelos que terminó por estigmatizarla socialmente y obligarla a autoexiliarse en los Estados Unidos.

En la obra se ubica con más claridad la postura feminista de Elena a partir de su autoexilio en Nueva York, postura poco o casi nula en lo radical (tomada del pensamiento de la escritora sueca Ellen Key) que si bien favorecía la capacidad femenina para trabajar fuera del hogar y la importancia de repartir por igual, entre marido y mujer, las obligaciones económicas, abogaba por la “alegre y sencilla vida doméstica” y el papel importantísimo de la mujer como madre y esposa sin dejar de mencionar el impulso, por parte de Elena, de la Liga de Mujeres Ibéricas e Hispanoamericanas o Liga de Mujeres de la Raza, además de

inmiscuirse en las discusiones y confrontaciones contra las feministas estadounidenses y europeas por su racismo, prepotencia e incluso por su radicalismo social en un Nueva York que se empezaba a convertir desde los años veinte en la “capital feminista de Estados Unidos” para cerrar un ciclo fructífero con su muerte en 1949 en la Ciudad de México.

Los carrancistas: la historia nunca contada del victorioso Ejército del Noreste

Salmerón, Pedro. México: Planeta, 2010. 351 p.

Maricela Garza Martínez

No obstante, las múltiples investigaciones sobre la Revolución mexicana, Pedro Salmerón asegura que “no existe una sola historia comprensiva de los revolucionarios del noreste” agrupados en la denominada División del Noreste del Ejército Constitucionalista, por lo que se dio a la tarea de consultar la bibliografía regional existente especialmente en Nuevo León, Coahuila y Tamaulipas, así como fuentes de archivo como la Defensa Nacional, el General de la Nación, el de Manuel W. González y el personal de Venustiano Carranza, lo que dio como resultado el libro titulado: *Los carrancistas: la historia nunca contada del victorioso Ejército del Noreste*.

El autor parte del hecho de que la División o Cuerpo de Ejército del Noreste se formó en febrero y marzo de 1913 sobre la base de diversos cuerpos rurales o regimientos irregulares que a su vez provenían de los “ciudadanos armados” que derribaron al régimen de Porfirio Díaz entre noviembre de 1910 y mayo de 1911. Para profundizar en esta historia Pedro Salmerón investiga quiénes eran los “ciudadanos armados”, las razones por las que se armaron y, por supuesto, cómo terminaron integrando la División del Norte del

Ejército Constitucionalista.

La investigación abarca hasta 1914, año en el cual los revolucionarios del noreste gozaban de poder y de una buena posición militar.

En la presente investigación el autor ofrece una historia militar desde lo social, no la mera descripción de las batallas, sino los componentes sociales, políticos, económicos y morales que están implicados en una guerra de este tipo. Ejemplo de ellos es la importancia que concede a la definición de los orígenes políticos y sociales de los jefes militares que se encuentran en la clase media y media alta, gente que se había preparado para hacer la revolución política pues muchos de ellos habían militado en el Partido Liberal Mexicano de los hermanos Flores Magón o más propiamente en su ala radical como Antonio I. Villarreal, Eulalio Gutiérrez, Francisco Coss, Lucio Blanco y en diferentes momentos y niveles Pablo González, Cesáreo Castro y Alberto Carrera Torres. El autor considera tales orígenes como elementos indispensables para entender su vocación revolucionaria, su estilo, legitimidad y fuente de mando, así como el tipo de relación que llevaban con los soldados que integraban sus filas.

Es de resaltar el análisis que Pedro Salmerón hace sobre los lazos de

amistad y lealtad que existían entre los integrantes del Ejército Constitucionalista como fuente primordial para entender alianzas formadas y decisiones tomadas durante la configuración del Ejército y su posterior evolución. Es aquí donde podría residir la novedad del tema del cual es objeto el libro puesto que contribuiría con nuevos elementos para brindar una visión diferente de su actuación.

Para reforzar el objetivo de su libro –ofrecer una historia militar desde lo social– el autor presenta un apéndice en donde incluye un catálogo de los hombres que integraron el Ejército, anotando para cada uno de ellos una breve semblanza. En cada ficha incluye, además de datos como lugar de nacimiento y educación formal, su ocupación anterior a la Revolución, sus antecedentes políticos anteriores al maderismo, así como su incorporación a éste y luego al constitucionalismo. En el caso de los dos primeros escalones de mando acierta en incluir cuál fue el destino posterior de estos hombres.

Aunque la lectura del libro es clara y sencilla, no escatima en incluir en apéndices, el organigrama del Ejército Constitucionalista y mapas que sirven para ubicar cada una de las batallas, lo que facilita la asimilación de su lectura y sirven a su vez como fuente de consulta para posteriores trabajos al tener sistematizada la información.

Si el subtítulo “*la historia nunca contada del victorioso Ejército del Noreste*” corresponde a la realidad o es mera pretensión, sólo los expertos podrán decirlo, lo cierto es que el libro tiene la virtud de convertirse en una obra integradora al ofrecer con un lenguaje sencillo, una visión de conjunto entre lo político, social, económico y moral, fortaleza que el autor resalta de su obra.

